rrían en toda la longitud de los lados y en el hemiciclo, sobre las bóvedas de los pórticos descansaban las graderías construídas de madera, y tenía sus escaleras y vomitorios ó puertas correspondientes repartidos y multiplicados de modo que les fuera posible á los espectadores entrar y salir sin accidente alguno. De estos podía contener dicho circo, según Dionisio de Halicarnaso, 150.000; según Plinio, después del ensanche que hizo Nerón, 250.000; Trajano añadió 5.000 asientos, y por último, la *Notitia urbis Romae*, da, en el siglo IV, la cifra increíble de 385.000. Medía la arena 600 metros de longitud por 110 de latitud, es decir, 310 y 18^{m} más que el circo de Toledo. Las gradas más inmediatas á la arena dejaban á una altura de cuatro metros de ésta una plataforma, donde se colocaban las sillas para los senadores ó personajes importantes; es decir, que estas sillas eran los asientos de preferencia, y ante ellos, sirviéndoles de apoyo, corría el *podium*. Como en los anfiteatros, el conjunto de las graderías quedaba dividido en sentido longitudinal en tres pisos, determinados por muros verticales y paralelos. Las gradas inferiores eran de piedra y las de los pisos superiores de madera y estuvieron sin duda al abrigo de un pórtico que coronaba el conjunto. Los asientos estaban separados por unos resaltos y para sentarse en ellos ponían los espectadores cojines henchidos de paja. No se observa en la colocación de los espectadores separación de sexos, y por esta razón recomienda Ovidio el circo como el lugar más á propósito para las intrigas amorosas. En cambio, se guardaba separación de clases y á esto parecen responder las tres graderías á distintos pisos. El magistrado presidente de los juegos ocupaba una tribuna que había exprofeso sobre la puerta principal en el testero donde estaban las *carceres* ó soportales que ocupaban los carros que debían correr. En el eje mayor de la arena se extendía la *espina*, muro de poca altura, que por un extremo llegaba hasta el eje de la parte hemicircular y por el extremo opuesto hasta cierta distancia de las *carceres*, la suficiente para que permitiera á los carros confluir al lado diestro de los dos en que quedaba dividida la arena. Sobre la *espina* se alzaban estatuas, obeliscos, fuentes, columnas, altares, trofeos, edículos, unos puramente decorativos y otros con un destino especial relativo á los juegos ó de carácter religioso. Junto á cada extremo de la *espina* estaban las *metas*, que en Roma consistían en altos conos, de los cuales se denominaba *meta prima* la del extremo correspondiente al hemiciclo, pues en aquel punto debían volver los carros por primera vez, y *meta secunda* la que estaba próxima á las *carceres*. En los mosaicos, representando las carreras de carros en el circo, como el que se conserva en el Museo Arqueológico de Barcelona, y el de Lyon, son bien visibles la *espina*, y sus embellecimientos, las *metas* y un trozo de pórtico, compuesto de dos columnas con su arquitrave, sobre el cual hay siete huevos movibles, que debían quitarse uno á cada vuelta de los carros para que así pudieran contar ésta los espectadores. Haciendo juego, por decirlo así, en el otro lado del circo había un edículo sustentando siete delfines, que en los dos mosaicos citados echan agua á modo de fuentes, y que se cree debían tener igual objeto que los huevos, respecto de los espectadores de aquel lado.

En la parte media del hemiciclo había una grande puerta que se denominaba Triunfal por estar destinada á dar salida á los triunfadores en su carro después de la *pompa* ó fiesta solemne con que se les honraba en el circo. Por igual modo había puertas á los lados y sin duda á una de éstas responde el arco de más altura que el resto de la arcada, que aún se alza en el circo de Toledo. Por lo demás, en éste no se conservan restos de le *espina*, ni de las *carceres*, aunque pudieran muy bien hallarse enterrados, por lo cual serían muy útiles unas excavaciones encaminadas á ponerlos de manifiesto.

Para completar esta ligera descripción sólo nos resta decir algo de la arcada de las *carceres* ó celdillas para los carros. Su planta era un arco de círculo, trazado de manera que la cuerda de éste cortara en sentido oblicuo los otros dos lados, y por consiguiente, dicho arco de círculo tuviera su eje en el comedio de la *espina y el podium* del lado diestro. Esta disposición no tenía otro fin sino que los carros, dentro de las *carceres*, resultaran *equidistantes* de dicho punto, en iguales condiciones para la carrera. Cada una de las *carceres* tenía su verja ó puerta de dos hojas, que según tradición en el circo máximo, donde las *carceres* eran en número de doce, se abrían todas á un tiempo por medio de un mecanismo.

III

Pasamos á ocuparnos del espectáculo que en los circos romanos se ofrecía.

Es opinión vulgar que los célebres combates de gladiadores y los martirios de los cristianos se efectuaron en los circos romanos. Nada más inexacto. Si no poseyéramos noticias precisas de los autores antiguos ni monumentos figurados que ilustren la cuestión, bastaría para esclarecer ésta el examen somero de un circo cualquiera, por cuyo medio se vendría en conocimiento de que un edificio dispuesto de esa suerte, con su arena partida por la *espina*, no podía acomodarse para combates ni luchas. Unas y otras tenían su lugar apropiado: el anfiteatro, que era oval y en su arena no había construcción ni obstáculo alguno. Es cierto que alguna vez hubo en los circos combates de hombres y de animales; pero este espectáculo era excepcional en ellos, pues estaban expresamente construídos para las carreras de carros y de caballos.

Los juegos circenses traían origen religioso, y por esto se conservó tradicionalmente la costumbre de comenzarlos por una procesión solemne, llamada *Pompa* á imitación de la pompa del cortejo de los triunfadores. Estos, en Roma, se trasladaban procesionalmente desde el capitolio al circo para la celebración de los juegos. Fuera de estas ocasiones excepcionales, en los juegos ordinarios, presidía la procesión un magistrado, que había de ejercer de presidente de los juegos, revestido con el traje y los atributos triunfales: toga de púrpura, túnica bordada de palmas *(túnica palmata)*, y corona de hojas de encina, en oro, que sobre su cabeza sostenía un esclavo público, quien también era portador del cetro de marfil en cuya punta se alzaba el águila. Este director y presidente iba con el esclavo en un carro arrastrado por dos caballos *(biga)*, si era cónsul ó pretor. En torno del carro se apiñaban los clientes del magistrado y los jóvenes, por grupos, á pie ó á caballo. Detrás venían las personas que debían tomar parte en los juegos, conductores de carros, caballeros, luchadores y bailarines, cada grupo con su música; luego los sacerdotes, los portadores de incensarios y de otros objetos sagrados y las corporaciones religiosas, acompañando á las imágenes de los dioses que iban sobre parihuelas y sus símbolos ó atributos ordinarios transportados en carros, preciosamente adornados, conducidos por jóvenes de familias nobles, á quienes vivieran su padre y su madre. A Julio César y luego á otros emperadores y á algunas emperatrices se les concedió el honor de que figurasen sus imágenes en la procesión. Esta penetraba en el circo por una gran puerta que había en medio de las *carceres* y desfilaba dando una vuelta por la arena. El público al ver aparecer la procesión se ponía en pie y aplaudía y lanzaba exclamaciones de júbilo. Luego se ofrecía un sacrificio, salía el cortejo y los juegos daban comienzo. Los carros que corrían iban tirados por cuatro caballos *(quadriga)*, frecuentemente por dos *(biga)*, rara vez por tres *(triga)* ó por seis, siete, ocho y aun diez caballos. En Roma, una vez al año, en la fiesta *consualia*, corrían carros tirados por mulos, por ser creencia general que estos animales eran los que primeramente se engancharon á los carros. Fuera de esto, sólo por capricho de los emperadores se enganchaban á los carros, camellos, elefantes, ciervos, leones, tigres y perros. Junto á los carros, y para animar á los cocheros ó conductores, corrían unos hombres á caballo ó á pie; á pie se les ve en el mosaico de Barcelona,

La duración de los juegos varió bastante. En un principio fué corta; en la época imperial se prolongó lo bastante para que pudieran efectuarse diez ó doce carreras, y desde Calígula subió el número de éstas á veinte ó veinticuatro. Los juegos se celebraban sin interrupción desde la salida del sol hasta su postura. A medio día se suspendían para que los espectadores pudieran ir á sus casas; pero muchos, impacientes ó temerosos de perder sus asientos, pemanecían allí. Se daba el nombre de *missus* á la carrera en que los carros salían simultáneamente de las *carceres* y daban vueltas en torno de la espina. Dichas vueltas debían ser generalmente en número de siete y la victoria era del carro que al acabar la última vuelta traspasaba la línea trazada con yeso sobre la arena, de lo cual tenían cuenta los jueces del campo. Queda apuntado más arriba cómo se anunciaba al público el número de vueltas que se iban verificando. En cada carrera tomaban parte por lo común cuatro carros, cuyos conductores vestían de colores distintos, que era la insignia del bando á que pertenecieran. Consistía su traje en túnica corta bien ceñida al cuerpo por correas, para evitar que flotase demasiado, correas

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Toledo: publicación quincenal ilustrada. 18/7/1889.